

SERMON

SOBRE

EL JUÍCIO UNIVERSAL.

PARA EL MIÉRCOLES SEGUNDO DE CUARESMA (1).

(DE VALDIGNA.)

Viri ninivite surgent in iudicio cum generatione ista, et condemnabunt eam, quia pœnitentiam egerunt in prædicatione Jonæ: et ecce plus quam Jonas hic.

Los ninivitas se levantarán en juicio contra esta generacion, y la condenarán, porque hicieron penitencia á la predicacion de Jonas; y el que está aquí, es mas que Jonas.

S. Mateo, c. 12. v. 41.

Terrible amenaza es la que Jesucristo hizo á los escribas y fariseos, segun nos refiere el Evangelio del dia de hoy. Los escribas y fariseos habian oído al Señor los sermones que predicaba, la doctrina que en ellos enseñaba; habian visto los milagros con que la acreditaba, el fruto que hacia, la benignidad con que curaba los enfermos, y su inocentísima conducta, en la cual no hubo la mas mínima mancha. Esto que debia cautivar y atraer á los escribas y fariseos para que siguiesen al Señor, por estar dominados de sus vicios, no solo los apartaba, sino que tenian por reprehensible su conducta, y tanto que hasta sus milagros les parecian ántes obra del demonio, que de la virtud y poder de Dios; y para examinar mas de cerca, digámoslo así, sus milagros y el modo con que los hacia con tanta frecuencia, tuvieron la audacia temeraria de pedirle, que hiciese un milagro en su presencia: *Volumus à te signum videre*. Nuestro Se-

(1) Véase un sermon para este dia en la pág. 190 del tomo segundo de los de *Mision*. Es de Trento sobre el carácter del cristiano.

ñor, que habia dicho que no tenian necesidad de médico los sanos sino los enfermos, curaba á estos con suma blandura y con una suavidad propia de su misericordioso y dulce corazon; y como médico asimismo no usaba de la aspereza y rigor, sino con aquellos que obstinados en sus vicios rehusaban sujetarse á la blandura y suavidad. Tales eran los escribas y fariseos, hombres malignos, llenos de envidia del séquito que tenia Jesucristo, que por eso los llamó *generacion mala y adúltera*; y en vez del milagro que pedian, les anunció el juicio durísimo de Dios con ellos, la acusacion de los ninivitas contra ellos, y su condenacion eterna. Los ninivitas, les dijo, se levantarán contra vosotros en el dia del juicio y os condenarán, porque ellos hicieron penitencia por la predicacion de Jonas, y vosotros no la hacéis por mi predicacion. Ántes mi doctrina, mis portentos, mi predicacion, que á otros sirve para curarse de sus dolencias espirituales y corporales, á vosotros os sirve de aumentar vuestra malicia y perversidad, como veréis en el dia de la cuenta, en el cual vuestra conducta será condenada y la de los ninivitas aprobada. Es muy terrible esta amenaza: no se hallan semejantes á esta en el Evangelio, sino las muchas que nuestro Salvador hizo á los escribas y fariseos. Oyentes devotísimos, el Hijo de Dios vino del cielo á la tierra á curar nuestras dolencias: nos ha tratado y trata como á enfermos muy necesitados de médico; y á la verdad son innumerables los que este Señor ha curado y cura. Pero hay muchos enfermos, esto es, muchos pecadores, que resisten á la blandura de los remedios, que desprecian la penitencia, y parece que quisieran un milagro muy particular para convertirse á Dios, para no pasar ni tener que sufrir la dureza y rigor de la penitencia. Mas á estos les dice el Señor: los ninivitas y todos los que he curado con el remedio de la penitencia, os acusarán y os condenarán en el dia del juicio; Oh, cuántos acusadores están preparados, para hacer ver á todo el universo la malicia de los impenitentes, su ceguedad y su desgracia final! qué confusion! qué lágrimas! *Ibi erit fletus et stridor dentium* (1).

Si en nosotros, oyentes, no está la fe enteramente apagada, solo de oír el nombre del dia del juicio, del dia de la cuenta, de la severidad del Juez divino, y lo formidable de la sentencia

(1) *Matth. c. 25. v. 30.*

que ha de pronunciar á la vista de todos los ángeles buenos y malos, en presencia de todos los hombres santos y pecadores, es bastante para aborrecer al pecado y al mundo sobre todo lo aborrecible. Permitídmeme pues que esta mañana os haga una insinuacion de la ira y furor del divino Juez en aquel día.

Bastante era para que nos llenásemos de temor, y para que concibiésemos alguna pequeña parte de la formidable indignacion del divino Juez, los nombres que dan los profetas á aquel día, el mas espantoso que verá el mundo. Unos lo llaman tempestad, otros torbellino, otros miseria, otros amargura, otros calamidad, otros ruína, furor, incendio, guerra, sedicion, alboroto; que todo quiere decir, venganza que Dios tomará de los pecadores aquel dia, por tantos y tan crueles modos, que exceden á cuantos nombres pueden aplicarse á una tribulacion que las encierra todas; de suerte que nunca en el mundo se vió ni se verá angustia semejante: *Erit enim tunc tribulatio magna, qualis non fuit ab initio mundi usque modo, neque fiet* (1). Pero esto, dicho así en general, no se percibe, ni hace en nuestros ánimos aquella impresion que es justa. Preciso es que descendamos á examinar mas en particular esta gran venganza que Dios tomará del mundo, para que profundice de algun modo en el corazon de los pecadores. Dispondrá Dios pues, que esta venganza sangrienta la comiencen sus mismos enemigos los pecadores, permitiéndoles toda suerte de desenfreno; y que los rebeldes ellos mismos se ensangrienten unos contra otros, para que su última ruína y estrago empiece por su misma maldad. Nunca en el mundo se habrán visto, ni tan horrendas calumnias, ni envidias tan implacables, ni odios tan sangrientos, ni deshonestidades tan afrentosas, ni usuras tan declaradas, ni impiedades tan públicas, ni tan triunfante como entónces toda suerte de iniquidad: *Quoniam abundabit iniquitas* (2). Mas entre todas las maldades, que Dios tomará por instrumentos para vengarse de los pecadores, sobresaldrán mas que otras, la ambicion y el odio, enemigos sin duda los mas crueles del género humano. No habrá reino en el mundo, que no esté en campaña contra otro, oponiéndose recíprocamente todas sus fuerzas para conseguir plena victoria, y sujetar los vencidos á la mas bárbara inhumanidad. Lo mismo será ser un ejército vencedor,

(1) *Matth. c. 24. v. 21.* (2) *Ibid. v. 12.*

que arrojarle como tigres hambrientos sobre los infelices vencidos, sin darse por contentos hasta despedazarlos con sus propias manos. No se verá en las provincias conquistadas sino robos, incendios, violencias, suplicios y toda suerte de crueldad. El odio y el cuchillo no perdonarán, ni á los ancianos ni á los jóvenes, ni á las mujeres ni á los niños, ni á los poderosos ni á los sacerdotes, ni á suerte alguna de personas, ni á sexo ni á edad: todos serán víctimas de la crueldad y de la rabia. Aquellos, á quienes no alcanzare el enojo de los vencedores, se despedazarán cruelmente en las sediciones, alborotos y guerras civiles, en las cuales será tal el desórden, el odio y el furor, que se perderán todos los respetos, aún aquellos que la naturaleza ha impreso mas altamente en los corazones de los hombres. Los padres entregarán á sus hijos á durísimos suplicios; los hijos ejecutarán con sus padres atroces venganzas; los consortes no temerán el quitarse la vida recíprocamente. En fin cada pueblo será un desórden, cada familia la misma crueldad, cada ciudad la misma fiereza, cada reino la misma inhumanidad. Y si todo esto os pareciese poco, añadid la hambre general de toda la tierra, que amenazará acabar con las reliquias de la guerra y la sedicion; y hambre tal que hasta las madres degollarán á sus tiernos hijos para comerlos, como sucedió en la espantosa hambre de Samaria, que así entienden algunos intérpretes las palabras de Jesucristo: *Vae autem nutrientibus in illis diebus* (1). Añadid el voracísimo contagio que se encenderá en los hombres, de suerte que las calles y las plazas mas anchas de las ciudades serán á un mismo tiempo sepulcros, donde yacerán amontonados los muertos, y hospitales para los afligidos y aterrados enfermos. ¿Qué os parece, oyentes, de todo este gran cúmulo de infelicidades, de todo este conjunto de infortunios y de angustias?

Acaso habrá entre vosotros alguno que imagine, que como hablo de un suceso tal vez muy distante de nuestros dias, no tengo reparo en pintarlo con expresiones fuertes, y tal vez hiperbólicas, fiado en que no será fácil la comprobacion. Mas si acaso hay entre vosotros quien juzgue tan siniestramente, oídme ahora os suplico. Llegóse el tiempo que Dios tenia destinado para castigar á Jerusalem del horrible delito que cometió en

(1) *Matth. c. 24. v. 19.*

quitar la vida á su mismo Hacedor; y así como ántes en aquella ciudad tenia colocadas sus mayores delicias, así entónces derramó sobre ella el vaso de su ira. Rebeldes los hebreos al Imperio romano, tomó este las armas para reducirlos á obediencia. Destinóse un grueso y formidable ejército para esta expedicion, y despues de dos años que gastaron en la conquista de Palestina, embistió el grueso del ejército á Jerusalem, en donde ademas de sus muchos habitantes, se habia juntado innumerable gente, huyendo de la violencia de los romanos. Comenzó el asedio con tanto ardor por parte de los sitiadores, como despecho de los sitiados. Se dilataba el cerco por la resistencia de los hebreos, y al mismo tiempo la hambre y la sedicion eran otros enemigos interiores, que los consumían y aniquilaban. Se hallaban combatidos dentro y fuera: dentro los oprimian las crueles facciones, en cuyos reencuentros se perdían innumerables vidas, de suerte que los infelices que habian ido á refugiarse á Jerusalem, no encontraban otro abrigo que el ser víctimas de los sediciosos. Oprimiales el hambre con tanto extremo, que se veían precisados á comerse los cadáveres para poder vivir; y los que tal vez huían de tantos males arrojándose por los muros de Jerusalem, si lograban librarse de las manos de los romanos, caían en las de los árabes y sirios, que les quitaban la vida. Dos mil fueron destrozados en una noche de los que huyeron de la ciudad. Por la parte de fuera los combatía todo el ejército romano, cuyo solo aspecto, el chasquido de las hondas, los golpes de los arietes, el estruendo de las cajas y las voces de todo el ejército que anhelaba la presa, era un linaje de horror intolerable. Vencieron los sitiadores el primero y segundo muro que defendia la ciudad; y cuando ya amenazaba de cerca su rendicion, ofreció el emperador Tito á los sitiados una benigna capitulacion; pero obstinados en defenderse, ó lo que es mas cierto en arruinarse, se hicieron sordos á las imperiales promesas, hasta que viendo el César la desesperacion y despecho de los hebreos, aplicó sus últimos esfuerzos para rendirlos. Ganaron la torre llamada *Antonia*: desde allí les fué fácil dar fuego al templo famosísimo en todo el orbe, y dilatándose el incendio por toda la ciudad, la asaltaron los romanos con tal furor, que se vió precisada á rendirse, y aún á ofrecerse al cuchillo de los enemigos, que en breve hicieron correr la sangre por las calles de Jerusalem, en donde no se veían sino monto-

nes de cadáveres de los que habian sido degollados ó destrozados por el furor de la tropa. Un millon y cien mil fueron los muertos, cuyo estrago horrorizó de tal suerte al emperador, que al verlo levantó los ojos al cielo, aunque gentil, y se excusó delante de Dios, de que no era autor de tan sangrienta ruina. Noventa y siete mil fueron los que se hicieron esclavos, y los estimaban en tan poco, que treinta de ellos los vendian por un sueldo. Quinientos solian crucificar cada día, yo no sé si por divertimento de las tropas, ó en castigo, como parece mas probable, de haber ellos pedido que fuese crucificado Jesucristo. Así, oyentes, fué destruída Jerusalem, se arruinaron sus muros, se abatieron sus torres, se asoló el templo, se demolicieron los altares, se arrasó el santuario, y fueron muertos cruelísimamente casi todos sus moradores. Y ¿para qué os he contado yo todo este pedazo de historia? ha sido meramente por entreteneros? No, oyentes: mas altos designios tengo. ¿Pondréis vosotros duda en este hecho, que con tanta individualidad os he referido? No debéis tenerla, porque nos lo refiere un autor verídico (1), testigo ocular, y de mucha autoridad aún para los santos Padres. Pues sabéd ahora, que un estrago tan horrible como el que sucedió en Jerusalem, no es mas que una figura, una sombra del que amenaza al mundo en las guerras y sediciones que han de preceder á su última destruccion. Así comunmente lo entienden los sagrados intérpretes; y aún por eso la infalible verdad, Jesucristo, siempre que habló de la destruccion general del mundo, habló tambien indistintamente como de la de Jerusalem, para que se entienda que esta habia de ser figura de aquella. Mas qué digo yo, Dios mio? ¿sombras son las guerras de Palestina de las que han de preceder al fin del mundo? Sí, oyentes, vuelvo á deciros. Contád pues vosotros, si podéis, los robos, los incendios, las hambres, las sediciones, los contagios, las guerras, los muertos y todos los males que se juntarán para comenzar la destruccion del mundo. Si en el estrago de Jerusalem, que fué no mas que sombra, fué tan grande la ira de Dios contra aquel pueblo, ¿cuál será la ira y la indignacion que vomitará contra todo el mundo, que es la realidad y lo figurado por aquella destruccion? Falta voces y aliento para hablar de una ira tan formidable.

(1) Flavio Josefo, sacerdote de Jerusalem, *De bello judaico*, lib. VI et VII.

Toda esta ira, aunque superior á nuestra capacidad, no es mas que una gota de aquel cáliz amarguísimo de la última tribulación, que á pesar suyo han de apurar los pecadores; una pequeña centella del inmenso fuego de indignacion, que arderá en el rostro de Jesucristo: *Ignis à facie ejus exarsit* (1). Este es el primero y mas ligero golpe, que han de recibir los pecadores en aquella sangrienta batalla: *Haec autem omnia initia sunt dolorum* (2). Pues á la verdad, esto no será mas que la venganza que tomarán los rebeldes de sí mismos; la cual, aunque cruelísima, no será tan grande como la que tomarán los ejércitos de Dios, destinados á vengar las injurias hechas á su Creador. Y ¿qué ejército es este, que tan implacable se ha de mostrar contra los pecadores? Este ejército serán todas las criaturas, á las cuales mandará Dios tomar armas invencibles y escogidas, alistándolas en sus ejércitos, para que tomen venganza de sus enemigos: *Et armabit creaturam ad ultionem inimicorum* (3). Como suele hacer un príncipe sitiado de sus vasallos rebeldes, que á todos cuantos han permanecido fieles bajo su obediencia, les hace tomar las armas, para oponerse y castigar la audacia de sus enemigos; así Dios congregará y juntará á sus legiones todas las criaturas que han permanecido fieles en su obediencia: la tierra con las bestias, el agua con sus peces, el aire con las nubes, el fuego con sus rayos, los cielos, el sol, la luna y los astros, y, para decirlo de una vez, pertrechará á todo el orbe, le abastecerá de armas y municiones de guerra, para hacerla vivísima á los pecadores insensatos: *Et pugnabit cum illo orbis terrarum* (4). Así pues escuadradas todas las criaturas, comenzará la verdadera guerra contra los pecadores. Parece que en esta ocasion el sol y todas las demas lumbreras celestes han de ser los que hagan la señal de la batalla: *Erunt signa in sole, et luna, et stellis* (5). Padecerá el sol frecuentes eclipses, porque trocados los movimientos del cielo, serán mas fáciles los encuentros de unos astros con otros: perderá su luz y se vestirá de un negro horror, como dice san Juan, y como de saco y silicio, que será vestido como de luto, para hacerle las exequias al mundo: *Et sol factus est niger, tamquam saccus cilicinus* (6). La luna se vestirá de un color sangriento: *Et luna tota facta est sicut sanguis*: por seña de que Dios se ha de em-

(1) *Psalm.* 17. v. 9. (2) *Matth.* c. 24. v. 8. (3) *Sap.* c. 5. v. 18.
(4) *Sap.* c. 5. v. 21. (5) *Luc.* c. 21. v. 25. (6) *Apoc.* c. 6. v. 12.

briagar con la sangre de los pecadores. Desordenado todo el cielo, ó parará repentinamente sus movimientos, ó los acelerará con tanto impetu, que el curso de un año lo hará en una hora, con universal asombro del mundo; de suerte que á los ojos de los mortales se verá el cielo todo envuelto como un libro delgado, quando se arrolla y encoge dentro de una mano: *Et coelum recessit, sicut liber involutus* (1). Donde serán tales, oyentes, las primeras señas de la batalla, ¿cuán formidable será la guerra! Se oscurecerá el aire con las tinieblas mas densas que se habrán visto en el mundo: las de Egipto, con ser tan formidables, que la Escritura las llama palpables, serán nada en comparacion de las que caerán sobre la tierra en esta ocasion, que la convertirán en un horroroso abismo. No habrá otra luz algunas veces, que la de los relámpagos acompañados de truenos tan horrendos, que harán estremecer á todo el orbe: otras se encenderán muchos cometas en el aire, y caerán en tanta copia sobre los hombres para abrasarlos vivos, como si fuera una copiosa lluvia de fuego, ó con la abundancia que caen los higos ya maduros, cuando los sacude un viento recio: *Et stellae de coelo ceciderunt super terram, sicut ficus emittit grossos suos, cum à ventu magno movetur* (2). No serán mas benignas las nubes en arrojar rayos y centellas, ántes bien abrirán las puertas de todos sus senos, y como un enjambre, cuando se mueve repentinamente de su lugar y se esparce por todo el aire en brevísimo tiempo, así encendidas súbitamente las minas aéreas arrojarán de sí tantos rayos y centellas, como cayeron sobre las famosas ciudades de Pentápolis, que Dios redujo á cenizas. El mar, ligado hasta entónces y contenido dentro del cerco que le señaló la palabra de Dios, como impaciente de no haberse podido extender en tantos siglos, dará bramidos espantosos, levantará olas mas elevadas que las torres, se entumecerá con tanto extremo, que amenazará sorberse toda la tierra y sepultar en sus entrañas á los hombres; y de las partes mas remotas se oirá el estruendo que causará el encuentro de unas olas con otras. ¿Qué os diré de la tierra, hasta entónces madre de los hombres, liberal en ofrecerles la mayor parte de cuanto han menester para la conservacion de la vida? Que entónces, madrastra cruel, no solo les negará los socorros y alimentos, sino que airada de

(1) *Apoc.* c. 6. v. 14. (2) *Ibid.* v. 13.

haber llevado sobre sus hombros tanta muchedumbre de pecadores ingratos, se conmovió con terremotos impetuosos, haciendo todos los esfuerzos posibles para sacudir de sus espaldas tanto peso de iniquidad. Sueño serán, en comparacion de los grandes terremotos que habrá entónces en el mundo, cuantos nos refieren las historias, por impetuosos que hayan sido, aunque contéis entre ellos los que sucedieron en tiempo de Tiberio César, que en una noche arruinaron doce ciudades principales de la Asia; ó los del reino de Nápoles, que se tragaron á la ciudad de Heraclea por una abertura de la tierra; ó el que refiere san Gregorio Turonense, que arrebató á un monte junto con un lugar que tenia en su eminencia, y los sumergió dentro del Ródano; ó el que sucedió en el siglo pasado en el lugar de Puire en los Grisones, que quedó sepultado entre las ruínas de un monte con tres mil personas, que eran sus moradores, á excepcion de solo cinco que se salvaron. Sueño digo que serán todos esos terremotos, y algunos otros de mas reciente memoria, que no están escondidos á vuestra noticia, en comparacion de los espantosos temblores que habrá entónces; de suerte que apenas quedará edificio entero en el mundo que no quede arruinado, ciudad que no esté destruída, reinos que no se hallen assolados, sin los muchísimos edificios, pueblos y ciudades, que se sorberá la tierra por sus aberturas, con sus moradores.

¿Qué será entónces de los pecadores, sitiados, embestidos, castigados, heridos por todas partes? á dónde irán, que puedan encontrar asilo? ¿á cuál de las criaturas han de recurrir que los protejan? No les valdrán sus mas escondidos retretes, porque allí serán sepultados entre sus ruínas: no el huir á los bosques, porque allí las fieras los despedazarán con sus dientes, con sus uñas ó con sus venenos, como autores principales de la tribulacion que á ellas tambien alcanzará: no á los montes, porque estos serán movidos de su lugar, trasladados tal vez á sitios distantes; y aún vuelto lo de arriba abajo por los extraños sacudimientos de la tierra: no á las islas bárbaras y desiertas, porque estas padecerán los mismos accidentes que los montes: *Et omnis mons, et insulae de locis suis motae sunt* (1). No al mar, porque este no solo estará bravo é iracundo, sino tambien inac-

(1) Apoc. c. 6. c. 14.

cesible; pues es sentencia de algunos, que estará elevado quince codos mas alto que las montañas mas elevadas, de suerte que parecerá un monte altísimo de agua, que amenazará anegar á todo el mundo. ¿A dónde pues irán los pecadores á encontrar asilo, si todo les es contrario? Enemigo tienen al cielo, enemigos á los astros, enemigo al aire, enemigas á las nubes, enemigo al fuego, enemiga á la tierra, enemigo al mar, enemigos á sí mismos; porque el temor les despedazará las entrañas, los traerá secos, ahilados, moribundos, pero moribundos de una muerte prolija y cruel: *Arescentibus hominibus prae timore et exspectatione, quae supervenient universo orbi* (1). Si nos ponemos á considerar los efectos portentosos de la ira de Dios contra los hombres, cuando todos á excepcion de muy pocos los anegó y sepultó en las aguas del diluvio, no puede ménos nuestro corazon de aterrarse á vista de un castigo, de que parece que llegó á arrepentirse el mismo Dios, que juró que nunca mas las aguas se pasearian triunfantes sobre los hombres. Corazon es menester de bronce, para que no se conmuevan las entrañas á vista de tan horrible tragedia, en la cual junto con los hombres fueron anegados todos los vivientes para mayor venganza, á excepcion de los peces y de los pocos que se libraron en el arca. Sin embargo, oyentes, esa guerra hecha al linaje humano y á todo el mundo, aunque tan sangrienta, la hizo solo una criatura. ¿Cuál pues será la ira de Dios, cuando no una criatura sola, sino todas las criaturas corroboradas con la fuerza del Omnipotente, fortalecidas con el poderoso brazo de Dios, embistan á los pecadores, no sucesivamente sino todas á un tiempo, sin concederles lugar, espacio ni treguas, en que no encuentren esa ira formidable, que los aterre, oprima y confunda por modos crueles, impensados, reservados de Dios por tantos siglos, para castigar con ellos á los pecadores, y vengarse de una vez de todas las injurias, hasta poner término á la licenciosa audacia de los hombres?

Mas ¿por qué voy mendigando razones para conjeturar de algun modo la ira del Omnipotente, si de una vez (estoy por decirlo así) os puedo hacer palpable, si no toda, á lo ménos una gran parte de la divina indignacion? No es menester mas que poner los ojos en Jesucristo, para que al punto quede abatido,

(1) Luc. c. 21. v. 26.

y aún deshecho el ánimo mas orgulloso. Rasgaránse los cielos repentinamente, á la imperiosa voz de un arcángel se abrirá la tierra, y vomitará el infierno todos sus habitantes; de suerte que en un punto se verán juntos todos los hombres ante el acatamiento del divino Juez. ¡Oh, qué espectáculo este para los pecadores! Aparecerá Jesucristo en la region del aire, revestido de tanta majestad, que quedarán asombradas las Virtudes de los cielos; la tierra estará temblando como encogida, y los montes se derretirán como cera á vista de una ira tan formidable. El fuego abrasador que vibrará por los ojos, abrasará á sus enemigos con ardores intolerables. ¡Qué espanto, qué confusion la de los impíos en aquella ocasion! ¡Oh, qué llanto y rechinar de dientes! Si los justos apénas podrán tolerar tanta indignacion, ¿qué será de los pecadores? Yo sé, que el evangelista san Juan, aunque tan acostumbrado á la íntima familiaridad de Jesucristo, en cierta ocasion que se le apareció este Señor, revestido de majestad y grandeza, fué tal la turbacion y el espanto que se apoderó de su corazon, que se cayó como muerto á los piés de majestad tan terrible (1). Yo sé que el pueblo israelítico, al ver la majestad, pompa y aparato con que Dios hablaba con Moises, estremecido de los truenos, rayos y relámpagos que hacian humear la cumbre de Sina, le suplicaron á su caudillo, que les dijese cuanto gustase de parte de Dios, pero que no les hablase cara á cara su Majestad, porque temian morir de espanto: *Loquere tu nobis, et audiemus: non loquatur nobis Dominus, ne forte moriamur* (2). ¿Quién no sabe, que Job fué un varon santísimo, canonizado por la boca del mismo Dios, sin semejante entónces en la tierra en santidad, ejemplo de todas las virtudes, que él mismo, aunque modestísimo, refiere de sí? Pues con todo eso deseaba y reputaba por favor especial estar escondido en los ocultos senos de la tierra, para no llegar á ver con sus ojos el rostro indignado de su Criador (3). ¿Qué os diré de santa Teresa de Jesus, de aquella gran mujer, honra de su siglo y de nuestra nacion? ¿Quién puede decir la familiaridad que tuvo con Jesucristo, nuestro bien, las mercedes incomparables que recibió de su Esposo? Bastará saber, que por espacio de dos años vió siempre á su mano derecha á Jesucristo, que la acompañaba en todas sus operaciones. No obstan-

(1) *Apoc. c. 1. v. 17.* (2) *Exod. c. 20. v. 19.* (3) *Job, c. 14. v. 13.*

te, la misma santa nos protesta, que en algunas ocasiones que le vió con alguna majestad, y no tan familiar como acostumbraba, se le erizaban los cabellos de suerte, que no podia tolerar tan excesiva grandeza. ¿Cuál será pues la que ostentará contra los réprobos, no cuando vaya á tratar con ellos con mansedumbre y familiaridad, sino cuando haga ostencion de su furor, de su indignacion y de su inmensa autoridad? ¿cuando haya encorvado, cuanto es posible su arco, para que salgan con mayor ímpetu las flechas de su ira? ¿cuando vaya revestido de la justicia como de peto, del juicio como de celada, de la equidad como de escudo inexpugnable, y de la ira como de agudísima lanza? *Induet prothorace justitiam, et accipiet pro galea judicium certum: sumet scutum inexpugnabile aequilatem; acuet autem duram iram in lanceam* (1). Entónces los réprobos se volverán hácia los montes, que poco ántes habian experimentado contrarios y enemigos, á suplicarles encarecidamente, que se dignen desplomarse sobre ellos, para esconderlos en sus senos de la ira del divino Juez: *Et dicunt montibus, et petris: cadite super nos, et abscondite nos à facie sedentis super thronum et ab ira Agni* (2). Mas viendo que los montes estarán insensibles á sus ruegos, todos despavoridos procurarán esconderse en las aberturas de las piedras y en las cavernas de la tierra: *Et introibunt in speluncas petrarum, et in voragines terrae, à facie formidinis Domini* (3). Pero hagan lo que quieran los infelices, que á todo su pesar han de ser víctima del divino furor, y en su misma presencia han de oír aquel trueno espantoso de la sentencia final: *Ite, maledicti, in ignem aeternum*, que los arrojará con ímpetu indecible al estanque de fuego, á ser pasto de las eternas llamas encendidas al soplo de la ira de Dios.

Mas ¿qué es lo que yo he hecho en el dia de hoy? ¿De qué sirve que yo atado del todo á la Escritura, para autorizar en todo lo posible mis palabras, haya empleado esta mañana en hacer descripciones funestas, dibujos horribles de la formidable ira que ha de preceder y acompañar al juicio de Dios, de la venganza que los pecadores tomarán de sí mismos, de la guerra que á fuego y sangre les harán todas las criaturas, armadas de la divina venganza y de la ira insufrible, que ostentará el divino Juez en su acompañamiento, en su rostro, en su vestido y

(1) *Sap. c. 5. v. 19. 20. et 21.* (2) *Apoc. c. 6. v. 16.* (3) *Isai. c. 2. v. 19.*

en sus formidables palabras? ¿De qué sirve todo esto, digo, si los pecadores miran este suceso tan distante, que están persuadidos, que esto tardará muchos siglos? Y cuando no esté tan lejos de nuestros días, las señales que yo mismo he dicho que han de preceder, ¿les servirán de aviso para que imploren con tiempo la divina clemencia y eviten la ira divina, que solo cogiéndolos desprevenidos, puede ser tan formidable y temible como yo he ponderado? Confieso, oyentes, que está totalmente oculto á nuestra noticia el fin del tiempo y de los días, que Dios ha concedido al mundo; mas no me podéis negar, que no tenemos ninguna certeza de que no sucederá en nuestros días. Y qué? ¿os parece á vosotros, que si acaso nuestros ojos hubiesen de ver las terribles señales que han de preceder á la destrucción general del mundo, que entónces seria fácil acogerse al sagrado de la penitencia para implorar la divina misericordia, ántes que en su lugar se sustituyera el furor divino? ¡Ay de vosotros, pecadores, que pensáis en esta ocasion, como en otras muchas, llenos de engaño y ceguedad! Ignoráis las Escrituras? ¿Ignoráis vuestras mismas enfermedades espirituales, que entónces se harán mas incurables por vuestra obstinacion? ¿Ignoráis cuán calamitosos serán aquellos días y poco aptos para la penitencia, atendida vuestra perversidad, los falsos profetas, predicadores engañosos, secuaces del Antecristo, las sectas y herejías, triunfantes entónces mas que nunca en el mundo, y de tanto séquito, que muchos de los que hasta entónces permanecieron en justicia, abandonarán la fe? *Et multi pseudo-prophetae surgent, et seducent multos* (1). En tanto grado, que parece que Dios se dará prisa en abreviar aquellos días tan funestos, para que no se pierdan todos los hombres: *Et nisi breviali fuissent dies illi, non fieret salva omnis caro* (2).

Y ¿entónces, decís, que será tiempo cómodo para hacer penitencia? Ó ceguedad deplorable! ó delirio insufrible! A mas, ¿sabéis vosotros, cuando vino el diluvio de Noé, en qué estado se hallaban los hombres? ¿qué aprecio hacian de los divinos mandatos? Si no sois tan temerarios que neguéis la fe á las sagradas Escrituras, debéis entender, que vino el diluvio sobre los pecadores, cuando estos estaban mas entregados á sus deleites, á sus recreaciones, á sus placeres, y á una vida brutal y

(1) *Matth. c. 24. v. 11.* (2) *Ibid. v. 22.*

licenciosa. Entónces, cuando ménos pensaban en este castigo, vino sobre ellos la divina indignacion. No bastaron los avisos de Noé, ni la construccion del Arca, para que abriesen los ojos y viesen la ira de Dios que venia sobre ellos: *Et non cognoverunt*, dice la infalible verdad Jesucristo, *donec venit diluvium, et tulit omnes*. Pues oíd ahora lo que os protesta esa misma divina Verdad: *Ita erit et adventus Filii hominis* (1). Así, ni mas ni ménos: cuando los pecadores estarán mas ciegos, cuando estarán mas entregados á la infidelidad y á la desobediencia de los divinos mandatos, cuando pensarán en gozar mas libremente de las licencias del apetito; entónces, tan repentinamente como se enciende un relámpago en el Cielo, vendrá el Hijo de Dios á vengarse de los pecadores y acabar de una vez del todo al mundo: *Sicut enim fulgur exit ab oriente, et paret usque in occidentem; ita erit et adventus Filii hominis* (2). Y ¿vosotros decís, que en todo caso estaréis prevenidos? ¿que no os cogerá de repente la divina indignacion? ¿que tendréis tiempo para implorar la clemencia divina? Ó insensibilidad portentosa! Puede engañaros Jesucristo? Pues si este Señor os protesta, que en aquel día ha de coger á los pecadores descuidadísimos de su venida, ¿cómo decís, que estaréis prevenidos? Sí, estaréis prevenidos como las vírgenes necias; estaréis prevenidos como el mal siervo, cuando fué llamado á cuentas por su señor; es decir, que estaréis prevenidos de necedades, de locuras y de gravísimas injurias hechas al divino Juez. De esto sí tendréis abundante prevencion, mas no de la penitencia que os lisonjeáis. Ahora sí que es tiempo de prevenirla, y de implorar la divina clemencia etc.

(1) *Matth. c. 24. v. 39.* (2) *Ibid. v. 27.*